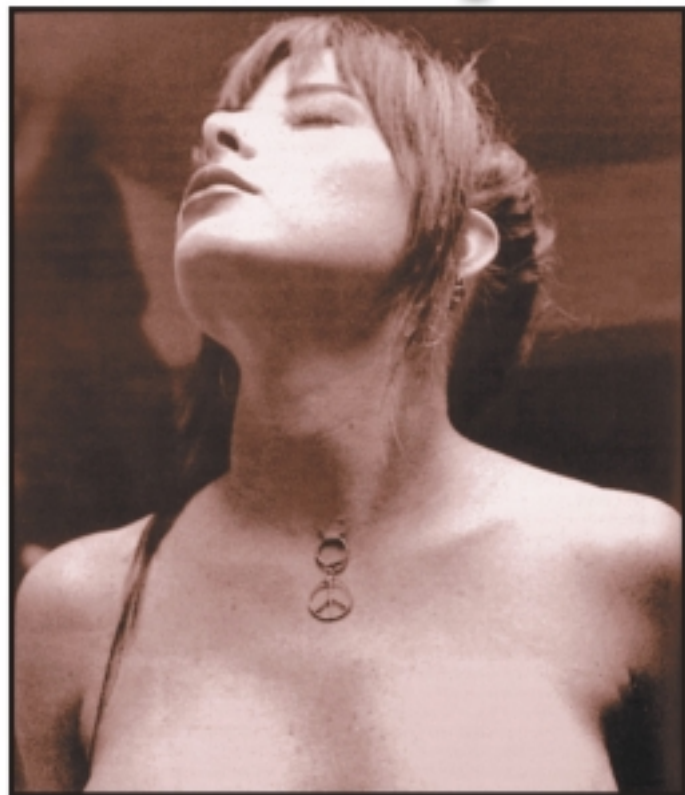


Premio  
Calendario

narrativa

Aymara Aymerich  
Elvira Rodríguez Puerto

# Deseos líquidos



CASA EDITORA ABRIL

# DESEOS LÍQUIDOS

Premio Calendario  
Asociación Hermanos Saíz  
1998

# DESEOS LÍQUIDOS

Aymara Aymerich  
Elvira Rodríguez Puerto

CASA EDITORA  
**ABRIL**



JURADO

AGUSTÍN DE ROJAS

AMIR VALLE

ATILIO CABALLERO

Edición: Jorge Ángel Pérez

Corrección: Marbelys Sánchez Águila

Diseño: Eloy Barrios Alayón

Realización computarizada: Mayra Fuentes Mesa

© Aymara Aymerich,  
Elvira Rodríguez Puerto, 2000

© Sobre la presente edición:  
Casa Editora Abril, 2000

ISBN: 959-210-165-5

Casa Editora Abril

Prado No. 553, entre Dragones y Teniente Rey,  
La Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba.

C.P. 10200

*A Elvira Aymerich del Puerto,  
y Aymara Rodríguez D' Carrasco  
que cuentan las historias de otro modo*

Hannas: mujer que quiere adonde  
otra costa, el infinito: menstruaba  
bolsas y ejercicios de escritura, así  
alcanzó la ubérrima posibilidad de  
tratar personajes con todas las  
feromonas que humedecían su azul  
hasta convertirla en tejidos rotos.

# HANNAS

**E**l dormitorio se ve más sucio porque tiene muchos espejos. Hay muchos espejos y el dormitorio es muy grande, por eso se ve muy sucio. No siempre fue así: la podredumbre y el desorden, no. Pero sí los espejos: había tantos espejos, siempre, que Hanna apretaba bien fuerte los párpados para no verse más, nunca más, y aún parecía tener alguno oculto en medio de su tanta oscuridad.

Hanna apretaba los párpados y todo se opacaba y era agradable no verse: cada uno de sus gestos: grotescos, risibles, ingenuos, corteses, agotados... Era agradable la idea, pero Hanna continuaba mirándose sin poder detenerlo. Hanna siempre supo lo que hacía, **precisamente** lo que hacía.

Esto significa: saber que: Hanna despierta con aspecto fétido y una mitad del rostro ensalivado, que: Hanna bosteza sin despegar los labios, que: Hanna sonríe y sus dientes no ofrecen interés, que: Hanna distiende el cuerpo y todavía es poco esqueleto, que: Hanna tiene la entrepiernas blanda y sudorosa, que: Hanna no toca los espejos pero sí su entrepierna sudorosa, que: Hanna, no es Hanna sino otras muchas que explora en los espejos.

Esto significa que Hanna come: los espejos distribuidos por sus padres a través de todo el continente, que Hanna viste: los espejos distribuidos por sus padres a través de todo el continente, que Hanna juega y lee: los espejos distribuidos por sus padres a través de todo el continente, que Hanna no rompe porque no toca: los espejos distribuidos por sus padres a través de todo

el continente, que Hanna es: los espejos que sus padres distribuyen.

Esto significa más: Hanna: fuma los espejos que sus padres... Hanna: ubica su mirada en la entrepierna blanda y sudorosa y... Hanna: ensaliva sus dedos y los hunde sin dulzura en todas las entrepiernas que le han abierto los espejos... Hanna: revuelve todo sin poder evitarlo... Hanna: observa y no evita... Hanna: sangra en todos los espejos que sus padres...

Significa: que sus padres no adviertan sus muchos dedos tragados por sus muchas entrepiernas.

El dormitorio se ve muy sucio porque es muy grande y tiene muchos espejos. Hay membranas con sangre en todos los espejos y en todos los dedos y las entrepiernas de Hanna, por eso hay membranas con sangre en todo el dormitorio. No siempre fue así la podredumbre. Hanna ha lastimado a Hanna y sus otras muchas. No siempre fue así el desorden.

Hanna las ha lastimado. La más feliz es *Hanna del espejo del suelo*, Hanna sórdida y viscosa del pavimento. Sólo esa es la feliz, la del himen desgarrado sin angustia. *Hanna del espejo del suelo* es accidentada. Se divierte con el revés de la virtud y revolotea libre entre sus ruinas. Su ejercicio es no emerger del pavimento, por eso su arte es la huella y le asienta esta lesión. Ella es la feliz.

También ha lastimado a la sometida *Hanna del espejo del techo*, la que sangra más y la única que llora y jamás perdonará la podredumbre y el desorden. Hanna ángel del espejo del techo se abisma sin amparo. Está cubierta de coágulos y saliva y sudor y ella es muy pálida, por eso se abisma sin amparo y jamás perdonará. El espejo del techo está cubierto de coágulos y saliva y sudor y sus padres no van a perdonar. Hanna ángel del espejo de sus padres. Ángel, que tus padres no lo noten.



*Hanna del espejo de la columna* lo ha comprendido todo. Le arde bastante la entrepierna y también está sangrante pero lo comprende. Tiene que entender, por eso sostiene a *Hanna del espejo del suelo* y a *Hanna del espejo del techo*, para que no se le encimen y la quiebren. Las sostiene y las entiende porque le resulta conveniente. No se queja ni acusa ni es feliz porque le resulta conveniente. *Hanna del espejo de la columna* ni se expresa ni se entrega porque le resulta...

Las otras muchas son inapetentes. Se aglutinan y golpean pero son el resto. Hanna no es devota de ninguna. Las saluda y les conversa pero son el resto. No tienen espejos con ángulos idóneos, no suman juntas un ejemplo ni son plenas, por eso las otras son inapetentes.

Esto significa: Hanna crece: maldita desde el espejo del suelo, Hanna crece: insalubre contra el espejo del techo, Hanna crece: erguida en el espejo de la columna, Hanna crece:

## MUJER QUE QUIERE ADONDE OTRA COSTA, «EL INFINITO»:

**E**lla quería mirar desde sus ojos soñadores, otras costas. Tenía la vista cansada de viajar y luego regresarla. Se llamaba Alp(a). Quiso cambiar alguna vez el lugar de su ventana, por eso escribió cartas de amor a desconocidos y recibiría cartas de amor de otros desconocidos. Causaba picazones en los ojos del vecino. Picarían también la lengua y los oídos.

Las cartas tenían hojas de diferentes colores del tiempo. Hubo un hombre gordo y mantecoso que había aprendido a leer y escribir en los últimos días, ante la primera carta. Fumaba. Colgaban de su cuello muchas cadenas y de sus dedos muchas sortijas y quiso conocerla. Mirábamos llagas en las palmas de sus manos.

Alp(a), quería conocer un hombre que viniera *del* y la llevara *a/*: infinito. No le preocupaban las llagas de las manos, tampoco el olor de las grasas-cuerpo, sortijas-cadenas. Sólo que,... le aburrían sus costas, a veces endemoniadas y puntiagudas, (su concepto del vecino), vomitándola.

Una ola blanca y azul, natural colorido de su visión y diferente a las cartas, la esmeraban a mirar *a/* infinito. Dormir-conocer entre el negro del cielo y el negro del mar.

El hombre gordo hizo promesas mientras sus ojos cerrados descansaban en la línea de los sueños: compraría algunos útiles bonitos a la familia. *-Deliraba-*. Escogió las últimas horas para oler-degustar, su costa, el oleaje negro y lleno de los suyos, *-¿último deseo de uno-una, al patíbulo?-*, dijo alguna voz al frente de alguna visión.

El viaje fue lento, aburrido (repetidamente), y cansado, (su concepto de viaje), y desde lo alto, con el estampado colorido de las cartas y las costas, respiraba... –¡Ah, el desahogo!–

Pasaron días-noches-caminos de florestas. Por fin llegaron a la otra orilla donde se unían el cielo y el mar, negro, también su casa anclada.

Él le enseñó una puerta y otra ventana que no era de ella, estrechamente para sus ojos que no debían buscar más el infinito. A través de la ventana sólo el cielo y el mar siempre negros. Algunos pinos y peces que volaban.

El hombre gordo, fumaba. Miraba los ojos del delirio, y entregó el sudor, las cadenas-sortijas. Alguno que otro cigarrillo que recuerdan la otra orilla y dio la espalda. Quiso regalarle una final expresión del viaje. Abrió sus manos limpias y sedosas, todavía sin calores, y regaló un vara.

## BOLSAS

**A**lp(a) ha tenido uno de esos sueños dramáticos y aterrorizantes. Vivía más en el mundo de la horripilancia, noches de la jodienda. Quería ser profunda en el dormir de sus sueños. Ella trabajaba los días y las noches, y le gustaba estar en el más lejano lugar: cuando los amigos hacían cuentos maravillosos y chismeaban.

Alp(a) creaba muñecas-muñecos de barro, y algunos que otros collarines del mismo material, que adornarían su cuello-cuerpo, luego el cuello-cuerpo de sus amigas. Ella nunca quería nada para ella. Sólo bastaba que alguien inhalara los olores de la prenda deseada, «comezón de los ojos», que ella obsequiaría con los suyos todavía del color de su país, a la velocidad de los extremos. Los regalaba.

Se había mirado en los espejos. Ella, mujer que tanto ha odiado la palabra espejos, un día ensayó las rompeturas y los hizo tierra de su país. Más tarde lo entregaba en las manos de sus amigos-amigas como pequeña muestra de su futuro cuerpo-cuello. Ellos no respondían a la pregunta de la madurez alcanzada ante una juventud. También la habíamos perdido. Por eso no quisimos contar el tiempo en que arribaríamos, el doble tiempo que nos faltaba.

Alp(a), estuvo en un país no equivocado pero de fríos muy amplios. Colgaban de los cables algunos hielos y comparaba como siempre los colores, las formas y la temperatura, con la llegada y la partida de algunos amigos-globos-algodones. Sus nuevos conocidos buscaban algodones para sus oídos y los otros para asentar el

peso (cómodamente) de sus cuerpos, muy-muy pesados. Nadie escogía algodones para tapizar los cuerpos –por suerte– dijo alguien.

Había ella perdido algunos kilos antes de visitar al país extraño, ojos de su primera partida luego del abandono natal. Había prometido unas libras plus-kilos, «cosas de la naturalidad pesal» –le dijo a su sueño. Quería mostrar su cuello grueso y tiroideoico con ciertos collares del regreso, ilustrado con algunas piedras preferidas por las amigas:

«Una bola morada-amuletina de amatista, un corazón naranja de ámbar. El ámbar esconde algunos amores petrificados –le dijo una de las amigas que había visitado el mismo país extraño, –allí murió uno que trabajaba AMOROSAMENTE, cuando su reencarnación insectívora. El tronco lloró por heridas causadas por la misma mano del hombre, y nació la piedra, con un color todavía naranja y su brillo–».

El amor de Alp(a), no tenía espejos en su casa, –aparentemente– dijo otra voz del mismo sueño. Encontró uno retirado debajo de la cama y ella empezó a limpiarlo con sus manos y su lengua, todo recién lavado. Esta vez no intentaba utilizar el papel de los periódicos. Le daba pena. También lástima. (Su concepto del amor). Porque en su país que no era natal y cambiaba ahora el brillo de sus ojos, lo explotaban como a otra raza. Aunque era el mejor –decían–, para dar el brillo-necesario, y no dejar alguna marca-hilillos colgando, a la francesa. En el nuevo país, penaba aún más por ellos, parecían gigantes, gordos y pesados. Tenía la obsesión de pasar horas mirando a un punto fijo, y más tarde todo sería excesivamente gigante, ancho o mínimo (trauma de las longitudes), y quiso mantener los periódicos del lugar antes comparados por alguna muestra de un perfume «Estée Lauder, Pleasures». Salvaba el papel de los periódicos.

Odiaba los olores de un cuello-cuerpo exagerado-hexagonal-bolsímero. Debía mantenerlos, si por fin, las libritas queridas, mejoración del regreso.

Estuvo mirándose antes de partir a sus: excesividades. Estiraba con sus dedos feos y nudosos la piel de la cara, la frente y el cuello. A veces acarició la cabeza de su hijo siempre inquieta. Bastaba unos toques de mano de la madre, para alcanzar la quietud verdadera de la noche, en su hijo creído todavía, «el pequeño». Le acariciaba preguntándole cuán joven la vería y de pesos verdaderos. El hijo reía y estimulaba las caricias de su madre.

Secó el espejo con un calzoncillo nuevo de su amor, no tenía pena o lástima, y lo dispuso en el muro del baño frente a la ducha desprotegida de cortina para mojarse-mojarlo, también de agua, de leche y de sangre. Su cuello luce como un elástico gastado y remordido por los dientes del hijo pequeño, sólo quedaba que la misma elasticidad la hiciera graznar a la manera de las aves hambrientas. En su frente pronunciaba una zanja con pisadas sucias y desmedidas, signos de la preocupación, intensidad conversacional con el famoso «espejos». La rompetura la hizo con sus manos tristes y nudosas. Ahora utilizaba la crema: sangres, sobre su cuello-cuerpo. Desde ese día comenzó a indagar por cremas de la permanencia. Empezó a pedir las al país lejano, de fríos amplios, y extraño. Nadie conocía en su país la palabra: crema.

Alp(a), propuso a su amor un juego de cambios, unas cajetillas de cigarrillos por unos chocolatines. Las cajetillas costaban el doble, en el país, también final de los algodones, y ella tenía antojos del hijo que no debían hacerse esperar. Pensaba en los plus de kilos para adornar el elástico de su cuello. No podía prometerse alguno de los collarines de barro, –ahora voy a canjear chocolates por un dedo de crema para mi cuello y mi frente–

decía a su sueño. No contaban las manos. Todavía lucían maduras y gustaban a su amor. Fue orden divina de no sé qué monje. ¡Si los elásticos-pieles fueran simples calcomanías!

Se miraba en los espejos. En los de todos y cada uno de los autos, mientras que su amor se preocupaba de las leyes de la calle, algunas luces, algunos pagos.

Ella miraba su cara en el retrovisor; en el delantero, en el que pasaba, en el reflejo de los cristales de los que ya se aproximan, que se detienen, que la rodean. En su make-up.

Ella me contó historias de sus colegas, los que habían querido tapizar los huecos donde alguna calcomanía. Allí estuvo ella viviendo. Más o menos entre minerales y tierra, descoloridos y con un lenguaje único para hablar-usar en su país cercano al extraño. Nadie quería aprenderlo. Ni los que lo necesitaban. Poco a poco fue escuchando los argores en el sitio de los adaptados, y volvió a ver la cara dormida de su hijo. Él duerme con mucha diferencia a Alp(a). Ella espera a que amanezca. Piensa que duerme y que está completamente dormida aunque describe todos los objetos del cuarto y sabe cuál es su posición en la esquina de la cama de su hijo. Recuerda todo, como algunos dicen: duerme con los ojos abiertos. No se siente en la edad-mitad a la que arribaríamos. Estaba ahora en la final. Por eso acariciaba con sus manos maduras y sus ojos llorosos el pelo de su hijo. Miraba el frigidaire nuevo, el televisor nuevo. Los equipos –aparaticos– extraños y nuevos, traídos por unos amigos que también le regalaban. Y allí volvió a ver su cara pero no sus brazos, tampoco sus piernas o su cuerpo. Tuvo la idea de crearse una crema de barro con su cara joven y permanente, fuera de la necesidad espejeril. «Espejos» serían los ojos del niño inquieto y...

Una amiga la saludó en el regreso. Tenía firmas en sus ropas, colores verdes de algunas piedras sencillas, y sobraban las telas en su cuerpo. Estaba excesivamente menos kilos, y su amiga se burlaba a carcajadas en su cara, a carcajadas en su cara, a carcajadas en su cara. Los vecinos abrían sus ojos a forma de tiroideoico, y ella empezó a registrarse. Sin detenerse. Un calor subía desde el piso, y no se veía nada sin kilos. Alguien inflaba todo su ella como un globo, y flotaría como algodones. Ella gustaba jugar con globos de niños y también inflarlos. Pero sus brazos-cuerpo en los que nunca se había detenido, crecían como gajos, elásticos, más elásticos y corrugados como hojas viejas. Bolsímeros penden de todas las partes, los cachetes caen sobre el pecho, cargados por el peso de los ojos-color del país natal, el pecho y el estómago se unen en puntos inigualables de longitud corporal con los muslos, los pezones están extraviados con su extensión-ensanchamiento y corre la sustancia maloliente, pélvica y gelatinosa de la mezcolanza carnal, para la que no servía el perfume «Estée Lauder, Pleasures».

Alp(a) no puede respirar. No quiere respirar, y su hijo mira a los ojos ya un poco de color oscuro, y la piel que, desaparece. –¡Qué linda estás mamá! Ahora se-  
caba el sudor de toda la noche que: corría.



## POSIBILIDAD DE TRATAR PERSONAJES

**F**uimos rápido al altar. Iba con Juan X Ciru, un personaje prestado que disfrutaba mucho tirarme de los pelos mientras tomábamos té. JXC advirtió que en cualquier momento me volvería homosexual, mas pronto deseché la idea. Yo en ese momento era un hombre a quien le gustaban demasiado los hombres sin importar el sexo *sexuro*. Promiscua sí, maricón jamás.

### SE ABRE LA SESIÓN

en la fiesta de disfraces que planeó el comandante en su invernadero. No conocía a nadie y aparecí de gánster inoportuno con guantes, sombrero y gabán negros, logré también el arma de papá, amenazándolo con narrar a su nueva amante judía todo sobre mi madre. Y a mi madre, todo sobre su nueva amante judía. Mamá no era racista pero sí teutona.

Prendí el primer cigarro de la madrugada cuando estaba cómoda cercana a Él. Oía lo que inhalaba y no reparó en mi aspecto masculino. Porque esa vez yo parecía un hombre. Intenté dejarme la barba sin ningún resultado, finalmente me afeité pues soy muy lampiña. Entonces, ya lucía una sombrita y no la barba tupida que anhelaba para otorgarle mayor realismo a mi disfraz. Me pidió la mitad de mi purito. Acepté. Él poseía mi tipo de pene preferido y no me perdonaría jamás ser grosera como acostumbro. Fumamos juntos y charlamos asuntos de hombres. Planeamos convencer a la *pelirrobita* teñida. Su cara de sanguijuela seminal demandaba dos falos. Encendí otra criatura encendible para ambos.

Decidimos contarle a la chica nuestra propuesta. Ella le dio un bofetón y a mí, una sonrisa. Yo le gustaba. Ella a mí también. Me sobrepuse en el acto y le informé que si no era con los dos buscara otro.

Después de la fiesta comenzaba la orgía.

Yo me puse a escribir porque no sé cómo tome lo mío. Así es menos difícil. Sin embargo, emborrono cuartillas y no imagino dónde o cuándo declarar.

Vino un señor muy discreto disfrazado de nabo y creí estar perdido. Temí que mi verdadera identidad fuera descubierta. Dijo que llevaba horas observándome y la barba en las mujeres lo excitaba. Pidió que le mostrara el pubis *antes* o *después* de la orgía. *Durante* sonaba a falsedad. Le expliqué mi negativa.

Él continuaba asombrándome. Soñaba ahora con disfrutar su pubis y comprendí al nabo infeliz. Este vegetal tenía sus razones. Y yo mis sobrados motivos para no mostrarme.

Ya es inevitable luego de tantas palabras concluir.

El altar y Juan X Ciru fueron pretextos para comenzar. Nadie profetizó lo de mi homosexualismo. Soy un personaje de talento frustrado. ALGUIEN me trajo para aplastarme. Me utilizó a su antojo. Soy el esclavito más triste de todas sus historias. No disfruté la fiesta ni fui a la orgía por ser el fruto de su enojo. Deseaba en realidad al nabo y le habría ofrecido mi pubis si alguien me hubiera adornado con algún *ge ni tal ci to*. Los he visto. Me conformo con cualquiera. Espero que también ignore mi sexo. Sería demasiado ruin de su parte. Desconozco quién soy o existo para desconocerme. El tiempo oscurece y no responderá. Estoy segura, convencido.

## TEJIDOS ROTOS

**E**l hombre que cargaba los cubos de agua no tenía ningún encanto. Llevaba las extremidades enjutas, y una marca de herida sobre el vientre. Algunos dientes partidos.

Una vez sintió pena de ella. De Alp(a), y miraba su puerta. La rozaba. Pasó una y otra vez frente a su puerta. Quitó el taco de papel que cubría la mira de su puerta, pero no la veía, sólo inhalaba el perfume de su cuerpo traído de no sé qué Francia. Hizo muchos ruidos para importarle y los vecinos lo ofendían. Ella siempre estaba. Vivía sola y silente en los cuartos más grandes del pasillo, donde escribía cartas de amor y de peleas a un marido inventado y extranjero. Era feliz. Nadie la había querido tanto como su marido extranjero.

Alp(a) lloraba por sus muertos y hablaba con ellos antes de acostarse, arrodillada sobre el piso de mármol frío y delante de su cama. Ella les pedía que vinieran para ayudarla, *—solo un poco—*, imploraba. Colocaba sobre su escaparate vasos repletos de agua, y se vaciaban. Ellos no venían y ella golpeaba su cabeza en las paredes.

Ella tenía muchos amigos, prefería a los amigos y no las amigas. Los amigos gustaban de su cara-cuerpo, y las amigas gustaban de la cara-cuerpo de sus amigos. Los amigos fuertes fueron desapareciendo desde el mismo día, en que alguien inventó pagar para que se robaran el motor del agua. Entonces pensó en él. Recordaba como escuchaba sus carcajadas salidas del otro cuarto-pasillero. Intentó hablarle en otro cuarto sobre su cuarto. Él tenía mucha peste de tragos en la boca y Alp(a) lo

espantó con sus manos, como cuando se espanta alguna peste. Ella no gustaba de las pestes salidas de algún lado de la boca:

«Tuvo un hombre que ella seguía por las calles. Fueron muy felices. Él le rompía una ropa por semana sobre su cuerpo, y robaba otras nuevas que volvería a romper sobre su cuerpo. Él la complacía, ellos gritaban cuando rompían las ropas, y los vecinos aguzaban los oídos tras la puerta, y llamaban al hombre de las extremidades enjutas. Ella retiraba el taco de papel de la mira de su puerta, y él vino una vez única con peste de grasa de otra cara. Alp(a), lo invitó a comer a la luz de la cera y totalmente desnudos. Con la cera, quitó las pestes de su cara y él no volvió a las calles donde ella lo seguía»; desde entonces escogió *su* soledad, –la soledad es mía–, –pero un hombre es siempre necesario– decía menudamente; hay misterios de hombres a los que ella nunca se atrevería. Hablaba de tocar con sus manos en lugares de las otras. Por eso acudió a donde él.

Tenía algún dinero enviado por el marido extranjero. Vendría más dinero. Ella sabía cuándo un hombre habla de favores a una mujer sola y de puertas cerradas. Por eso tomó aire y apretó las nalgas, abrió las rejas de su casa. Alp(a) soñaba con el amigo-marido-extranjero. Se venía, se retorció cada noche, y cada día y despertaba. Sólo veía su cara: -cuerpo-desaliñado: maloliente. Entonces le picaba la pelvis, adentro y afuera, en el sueño alguna barba saliente abría sus piernas con olores salidos de su boca. –Agonizaba–. Al principio sólo lograba el descanso mínimo del arrebató. Se estremecía. Por eso prefirió mirar a su techo antes que a su cara.

Había planes en su cabeza que hablaba con su techo hermoso. Su techo blanco y negro y cuadrado y de vigas finas y gruesas y largas (concepto también de su vida). Los padres de sus amigos habían estropeado

sus cuellos por techos de confort medianos, colores completos-espaciados, pequeñas distancias que llamaban su atención a los espacios. De su techo, sólo podía lanzar algunas cuerdas para columpiar sus planes-cuerpo, pero no su cuello. Su cuello no era de halcón, y movió el escaparate. Se movieron los vasos vacíos de sus muertos y buscó en sus gavetas, ropas viejas y rotas, que alguien, por orden, había rajado.

Rompía ahora sus ajustadores negros y transparentes. Quería que se le viera el «todo», y abrió circulando en los pezones, para poner debajo de sus ropas blancas, y le habló de cargarle, de favor, algunos cubos de agua.

Alp(a) regalaba unas tazas de café-terapia-orine de la mañana, para aliviar las pestes salidas de su boca. Y él cosería en las noches a la luz de la cera, algunas de sus ropas remordidas y mojadas.

## FEROMONAS

**M**iss McDillan aguarda una cabeza de lobo frenético con ojos de tormenta y fauces de volcán, tensa cada vez más su cuerda... La pulsa segregando adrenalina como si la génesis del lobo solitario fuera succionar la breve llama de una vela, hasta que inflame al mundo y lo incendie. Reposa sus frías nalgas de magma ardiente en los mármoles auténticos del Central Park, y seduce a sus venas con trozos de mica pagana. Cuando el sol huye hacia el centro del letargo como un cachorro con fobia a la subasta, ella sólo espera el pago a todas sus plegarias.

Los ojos no son ya los de la dulce Miss McDillan que viaja a través de satélites y páginas web en primera clase, con todas las ventajas occidentales en su bolso de cosméticos, maquillando a Europa. Ahora Miss McDillan tiene unas pupilas babeadas y filosas, y la boca amplia como el Central Park. Siente toda la geografía de su cuerpo, y cada célula le anuncia a gritos su presencia. Sueña con gorgojos que caminen por su pubis hasta rendirle el aliento, mas no recuerda dónde encontró esa fantasía, y desea tanto que aquello húmedo bajo la falda sea *scotch*, el mejor de todos, o si no, *Don Perignon*... ¡Champán y fresas junto a Mr John!, que posee en su cuerpo una tropa de insectos exóticos, tropicales...

Su primera presa ha llegado ya, se trata de otro adolescente que le apuñala las tetas con la vista a pesar de que el sendero hacia su llaga no puede estar más accesible. Piensa, con bastante dificultad, que los jovencitos siempre reparan en los senos, y desvía nuevamente su

atención hacia aquel niño con sombra de bigotes, que ha eyaculado entre el rubor y la maroma vegetal. No pudo disfrutar nada esta vez y se frustra un poco. Ya es de noche y a esta hora pudieran haberla violado en varias ocasiones, mas le molestan tanto las tantas farolas del Central Park. Sus ojos no pueden detenerse en un punto fijo del espacio, pero el índice de su diestra coquetea con el clítoris cuando pasa un señor muy elegante con pasos lentos que la observa con lujuria. Finalmente se pierde para reaparecer a los minutos, caminando igual, despacio y animal, hasta que Miss McDillan no vuelve a verle. *Ya se habrá masturbado por ahí.* Y le repugna el hipócrita pudor de esos pingüinos neoyorquinos.

Sin apenas percatarse lame el índice de su diestra y el paladar le retorna el sabor de los agrios insectos de Mr John. Quizás el morbo fluye directamente de su colección de objetos personales de Travolta durante la filmación de *Pulp Fiction*, ese ser del que emanan los gorgojos y las ebrias soledades de su violencia agazapada.

Otra vez los dedos arpegian el lucro jugoso de sus piernas, sólo que ahora está a punto de confirmarle al Central Park su mutua conexión, su majestuosa libido retozando entre la brisa fresca y la maleza mojada. El Central Park es el oscuro tapiz donde tal vez la acecha Mr John con colmillos agudísimos para tornarla en vampira fiel de su esperma. Mas no la espía Mr John.

La señorita McDillan siente unos dientes que le abrazan poderosamente el sexo, y advierte que no es Mr John, pero no consigue estancar el retazo de soplo y garganta que emana por sus poros la vida misma. Luego alza los párpados y distingue alejarse al pingüino de rapiña. En pleno marzo ya es verano en la piel de Miss McDillan.

Después de balancearse al compás de sus latidos, Miss McDillan, heredera de una complaciente abuela

multimillonaria, se detiene junto a su adorado Lamborghini y conduce por *5th avenue* a noventa millas, abriendo la puerta de su propiedad horizontal a la misma velocidad, desnudándose frente al espejo y saboreando sus preciosos treinta años. Miss McDillan baila una danza cenital seducida por las alucinaciones de Jim Morrison y las suyas muy privadas. Vuelve a masturbarse derramando *scotch*, el mejor de todos, en las mejillas de su vulva y grita al forcejear con su orgasmo ¡*Dolmancé, Dolmancé!* Todo se apaga de repente y llora por el arpón de la soledad que le atraviesa la nuca desde su más tierna infancia, hasta que se duerme con mucha paz, acurrucada entre casas de muñecas, lazos y repostería fina.

Tres horas de sueño son suficientes para retornar a su oficina de cincuenta metros cuadrados en la UNICEF, y ser una vez más la delicada e impenetrable Miss McDillan, luchando contra madres asiáticas que prostituyen a sus hijos por centavos. Ella no puede comprenderlo, se desdicha, recuerda algo de la noche anterior y esto le devuelve el resuello a sus pupilas felinas. Ella, la mujer más común, que derrumba hombres a su paso, como cualquier ejecutivo, tiene un romance discreto y turbulento con su secretaria. Se citan en clubes solitarios a beber champán... ¡Champán y fresas junto a Mr John y sus insectos amargos! Entonces comprende que su fantasía no existió con Travolta, ni con su frívola colección de objetos personales, y que el Central Park y Mr John son el ombligo de su sexo.

Intenta pedirle a Mr John que funde un nido cálido y duradero en el jacuzzi de su piso, pero este es una simple secretaria, que no puede atenderla esta semana después de la jornada laboral. Por eso Miss McDillan recoge todos sus papeles a las seis y treinta de la tarde, dejando a las madres asiáticas en el sitio común de cada día, con fe en que mañana prostituyan a sus hijos para continuar siendo un alma caritativa con un sueldo



decoroso, darse el lujo de no entenderlas, desdicharse, y partir luego en su impecable Lamborghini buscando a Mr John, o buscándose ella misma en el Central Park.

Miss McDillan aguarda una cabeza de lobo frenético con ojos de tormenta y fauces de volcán, tensa cada vez más su cuerda... La pulsa segregando adrenalina como si la génesis del lobo solitario fuera succionar la breve llama de una vela hasta que inflame al mundo y lo incendie. Reposa sus frías nalgas de magma ardiente en los mármoles auténticos del Central Park, y seduce a sus venas con trozos de mica pagana. Cuando el sol huye hacia el centro del letargo como un cachorro con fobia a la subasta, ella sólo espera el pago a todas sus plegarias.

# AZUL

*Para Eugenio Q.*

**T**odo cuanto escupía y delineaba caía en la salvedad de los destripados. ¿Quién no hubiera dado la más mínima sazón de Alp(a), para continuar allí, donde el nombre no es penumbra, pero donde se penumbra el todo? Así golpeamos o nos quedamos super-enganchados en los literales de la cama imperial. Ya todos imaginan el lugar, pero aún así, el piso era hondo y nadie lo advertía. Seguíavirtiéndolo todo, como cuando recordaba que su padre halaba sus pelos hediondos y no podridos al castigo de: –mírame, quiero enseñarte la madurez– y forcejeaba con la madre que gustaba también de la enganchadura al imperio, (vaya consejos de los ojos), y el niño allí mirándolo todo, para la espera a la certificación de la madurez desde la cuna. –Sí, ya todos deben aprenderlo desde la cuna–. Por eso sus nalgas azules, en el cuarto de piso azul transparente, maderas azules de la cuna, y los subsuelos, y los olores penetrables e impenetrables de la habitación y de cada capa de la tierra colindante. La de los oídos y del espaldar. ¿Quién dijo que no era azul?, ¿azul de sus cabellos? ¿No han visto un cabello azul natural-ajeno al tinte de los pocos pelos de una vieja? Es aquel que has tenido sin miedo y prohibido pero que lo has tenido y muy tuyo, aunque recuerdas que algunas veces se estropean, y quieres cambiarlo, el color-olor que han comprado y endurecido por la vista de aquel padre, y nunca fracasó. Nos habíamos asqueado tanto, que por eso el vómito también fue azul. Pudo tapizar las paredes con cada líquido nada cursi y bienoliente que nadie imaginaba porque no estaba en el momento del disfrute,

y no habían tales velas, sólo una que encendíamos en el balcón para quemar la madera y hacerla más antigua, (la madera, la noche, y nosotros). El tiempo no era de los que se apagaban sino de todo lo que en contradicciones se movía para superarse, y luego las sonrisas de las gentes. No sé por qué la gente nos escuchaba también azul, y carcajeaban, que es de carcajadas, o de carga la jada que es: –volver a empezar–.

Por eso nos lo dimos todo, aunque mis amigas, adoloridamente por el cuento les dolían la pelvis que no podrían tener azul, quizás porque no tenían el tamaño adecuado para una penetración tan colorida. No sé cuántas historias inventaron para conseguir rayarse una y otra vez porque él me buscaba así, y allí me encontraba con cada teoría de la muerte que era idéntica a vivir y vivir más, y vivió más.

–Vamos a hablar de este cuadro, y del otro, del que se metió en el cuadro y en el del otro, del que nunca tuvo un cuadro, del que nunca hizo un cuadro, del que cuadró y descuadró a regañadientes y nos asomaba para que: detente. ¿Sabes cuántas veces analicé las preguntas?

Nos imaginábamos que en las paredes azules todo podía ser evitable y corredizo. Que nadie intentaría estrechar las longitudes, ni de un abrazo o un desgarramiento, y porque las pinceladas no estarían ni auténticamente cansadas a una hora específica del tiempo de marcharse alguien, porque en un lugar azul, con un reloj azul, sólo puede recibir ligeramente azules las respiraciones y el descanso. Quizás puede parecerte que hay un colorido más que exagerado en todo esto, pero ya casi que ignoro la oscuridad, porque a medida que ha ido pasando el tiempo, ese mismo azul, se me torna ligero, casi transparente y ha descendido a donde otras manos manipulaban. A él le gustaba manipularme con sus manos, a mí me gustaba cuando él me manipulaba con sus manos, a mí me

gustaba ver su cara cuando se manipulaba con sus manos, y vertía el líquido azul sobre mi cara, y muchas veces me dijo –te amo–, pero era un deseo sólo mío el de escucharlo y por eso me lo inventaba, y mi risa llegaba a los confines cargados de jajajaja, de jojojajojo, donde no sabría nada de coloridos ni pigmentaciones, pero ¿cómo podía conocer que mi nombre fue aquella voz perdida y escuchada en el eco de uno mismo, de sí mismo, y luego él la recuperó? Y preferimos buscar más cosas en demasías azules. Cuanto retrato de los padres cuando lo hacían y colocaban tacos debajo de las puertas, para dejarla entrejuntas y que sintiéramos la respiración (sus respiraciones que no eran viejas y repetidas, sabrosas y exhuberantes). Recuerdo que buscábamos aparatitos para el asma no indicados por la médica de la esquina, por si la agitación llegaba al extremo de la no respiración o la golpeadura en la cara por la prisión de las manos y los pies. Ellos se amarraban de manos y pies, y lo daban todo. Yo lo aprendí todo. Yo quise darlo todo. Yo di todo. Cuanto nuevo y de gritos no le aborrecía para hacerlo parejo, feliz y momentáneo, y –nunca te vayassss–, (perplejidad de lo bueno y lo sabroso).

Me sonrió. Marcó los regresos con la poca tinta ya de la desorbitación estresada y caliente por aquello de los ratos. Conceptuó. Conceptualizó. «Azules son las calenturas de los amantes no aburridos». Ella no hacía un lugar de ceremonias si la candidez se esforzaba. Pasó mucho tiempo mirándolo, enroscándose, en cada idea imaginaba llamada su pelo azul, y respiró las mismas ganas de su padre y se sintió feliz, tan feliz que se hizo el viaje. Contaba a las amigas con madurez prehistórica y se inventaba las nuevas, donde la imaginación de su azul pudo haber sido traída por algún pájaro atrevido igual a él, que dejó caerlo sobre su mesa y desnudo cuando ella pensaba hablarle a alguien sobre

tetas. Así alcanzó la magnitud del crecimiento, tetríicamente, que significa «sano y salvo» (discurso del antiguo). –Si no me dejas ver una «me muero»–, y ella se lo creyó. Así se lo inventaban todo con el pelo separado y las piernas separadas, con una lejanía extremadura de la separación.

Los portones se abrían cuando el sol y cuando ya dormíamos y todos escuchaban que el portón abría y que alguien salía, pero nadie supo que era él. Un tipo raro y amamantado de líquidos y olores extraños, pero muy sentido, también cuando de mi cuarto el sonido antiguo de la respiración de mis viejos, y yo lo admití y lo poseí. (Imitación e igualdad de los recordatorios). Cuando usaba sus manos con toques de puerta, cuando usaba sus manos con golpe de carne, cuando siempre la usó allí y allí y esperaba todos sus labios aglutinados, con azules intensos que desaparecerán. Nadie preguntó nada. Sólo si la versión antes del final se escuchó alocada y sin agitaciones. El hombre no aullaba de noche porque era alérgico a la imitación, y le faltaban algunos pelos alrededor de su otra concentración, pero el sonido de las manos y el imperio, eran desvelo de los que asomaban y preguntaban todo cuanto por allí venía, y la felicidad camina.

Él se imaginó el viaje. Debía retirarse antes que los otros despertaran. Solo cada vez. Ella movió cándidamente, ¿cándidamente?, su mano, y miró lo grotesco que no era de tal color pero que equilibraba las partes del cuerpo con los olores maduros, y pensó, que luego se asfixiarían. Por eso lo dejaba ir. Hasta entonces él no despierta. Ella no despierta, y le ha puesto Azul, y él se lo ha creído. Al menos un poco.

Dobla entonces las esquinas, con un ligero movimiento de –me estiro, me esquivo, no la miro, volveré–, cada taco de ladrillo y pavimento con asfaltos de los rones y calles ya deshechas que es sinónimo de: ¿encontramos-reparamos alguna vida?, y él piensa en ella como cuando

quiere llegar con pasos ligeros e invisibles para que toque a sus amigas, convencerlo que toque a sus amigas. A sus amigas les gustan mirarlo a él de lejos, hacer alguna motivación de lejos desde sus telas o sin mostrarles sus telas, o llamarlo para una notilla incolora para la amiga insentida, no extrañada, la otra, la que las recomienda, y yo no supe como y cuánto me descubría, y él la pintó así, me pintó así, a cada manera de los otros, y no de las otras, a cada manera disturbadamente azul y fronteriza, para hacer su felicidad sencilla e inigualable, ¿sencilla e inigualable?, e inició la creación de su escultura perfecta y atípica, esa la de que: *–ella no pregunta nada–*, *–ella nunca preguntó–*, y cuando intentaba la terminación, sentía como su padre *la* abofeteaba, como su padre lo abofeteaba, como las manos *de la otra lo* abofeteaba, (la segura y la temprana), vertiendo viejos líquidos en su cara. Él restregó sus ojos enmohecidos y chás el desencanto.

## EJERCICIOS DE ESCRITURA

**M**is escasos antepasados mujeres tuvieron en común el nombre de Sofía, que significa sapiencia. Concretamente, sabiduría. Mis abuelas, junto a las abuelas de sus abuelas: Sofías entre Albertos, Juanes, Luises, Enriques, Pablos. Mi madre: Sofía entre Albertos, Juanes, Luises, Enriques, Pablos. Yo, finalmente, Sofía, con el objetivo esencial de sostener las vértebras de una tradición podrida.

Soy una mujer muy peculiar. Recién he asesinado a mi séptimo amante: el último. En el futuro ni siquiera volveré a intentarlo. Desarticular cualquier tradición implica siempre un riesgo, pero no volveré a intentarlo. Saboreo en este caso cierto remordimiento luego de seis muertes anteriores. Seis muertes anteriores. El número siete, símbolo de renovación positiva tras un ciclo consumado, ha nacido conmigo, nos hemos elegido mutuamente por convicción. Yo amé a Diego y nos elegimos mutuamente por convicción. Supongo, por tanto, que Diego me amó.

*ser superior a la humanidad, en fuerza, en grandeza de alma y en desprecio*, le repetía asiduamente parafraseando a Nietzsche. Si Diego nos hubiera entendido mejor a Nietzsche y a mí, aún viviera. Diego tan inteligente. De mis conocidos, el único escritor de lujo incapaz de formular escenas complejas con su propia inteligencia. Mis amantes previos: escritores todos, insignificantes monstruos de feria convertidos en admiradores pasmosos de sí mismos.

Yo los buscaba escritores intencionalmente. Escribir y masturbarse son espacios de creación muy solitarios.

Y yo los perseguía, conquistaba aquellos espacios de creación sólo para mí. Un hombre frente a un ordenador, completamente desnudo, es mi ideal de sublimación. Los seducía sin violentar ninguna etapa, como sabe cualquier mujer: sin omisiones. Los fornicaba cientos de veces, empleando cientos de formas y con cientos de estados anímicos diferentes. Y desnudos creaban para mí, totalmente indefensos.

Las páginas saltaban incontenibles en la pantalla del ordenador, como mismo ellos se abalanzaban incontenibles sobre sus orgasmos y sobre las hordas de ideas que los sucedían. En verdad, eran muy escasos mis orgasmos con ellos. No obstante, me mantenía emocionalmente estable y grata, facilitándoles cuanto podía la paz y concentración máximas. Solucionaba así toda índole de conflictos que pudieran agobiarlos, financieros o conyugales, y creaba a la par mis orgasmos impecables, en la misma habitación donde ellos resolvían libros enteros. Masturbarme durante sus ejercicios de escritura, en teoría, era el equivalente a un orgasmo simultáneo.

Aprendí mi cuerpo como sólo Diego lo conseguiría tiempo después. Mis seis amantes previos, en cambio, pertenecían al resto de esa *humanidad* pendiente de superación, por eso evité pertenecerles, o viceversa. Ellos eran de sus esposas y familias, nunca de sí mismos ni míos, les acomodara o no. Diego, por su parte, siempre me reiteraba que yo era capaz de lograr cuanto me propusiera, y lógicamente, poseía la razón. A Diego siempre lo acompañó la razón. Diego siempre

Lo único que yo requería explícitamente era ser llamada Mr John y no Sofía. Desde la infancia palpé la sabiduría dentro de mí y no en el sitio de mi nombre. Nombre, además, viciado por señoras agrestes y poco memorables como mis abuelas junto a las abuelas de sus abuelas. Ellas, junto a la mayoría de las mujeres, me resultan seres inconvenientes, detestables.



Cada mujer es, en sí misma, dos piernas con más recursos que obstáculos para rasgarse, procurándose huestes de sexos masculinos. Una mujer es lo que se acuesta con mi amante. Incluso, una mujer brillante, infrecuente por definición, es algo que se asume superior a mí. Las mujeres de mis amantes pretendieron todas asumirse de ese modo. Jamás logré comprenderlas pues otro de mis objetivos esenciales era sostener las vértebras de sus matrimonios, de sus tradiciones podridas. Desarticular tales tradiciones implicaba un riesgo que nunca estimé.

Los amantes obedientes deben descansar cada noche junto a sus esposas obedientes. Deben sudarlas y hacerlas gemir una o dos veces cada semana. Deben tener muchos compromisos de trabajo. Las esposas obedientes deben conformarse, mas no aplaudir. También deben menstruar cada mes. Ellas todo lo sospechan y todo lo callan. Nada de burdas inquietudes: los hombres, como los demás animales domésticos, se comprometen hondamente con la mano que los alimenta sin agredirlos demasiado. Y esta pauta, una mujer promedio la intuye con agilidad. Por todo esto, y por más, mis amantes previos experimentaron el éxito una vez yo erigida en sus vidas.

El triunfo precisa de mucho dinero o de muchas neuronas. Individualmente, ellos no podían costearse el triunfo, pero ahí estaba Mr John, o sea yo, para propiciarlo con su ingenio. Comenzaron así las dependencias repulsivas, las brechas de inmortalidad, *Mr John voy a suicidarme*. Pero yo buscaba exclusivamente aquellos originales memorizados en los archivos de mi computadora. Preciosos originales resueltos y corregidos con voracidad hasta la contundencia. Porque ellos eran muy exigentes consigo, se esmeraban descarnadamente, dedicaban segundo tras segundo a sus ejercicios de escritura. Mientras, yo completaba mis orgasmos exquisitos y a

ellos los iba transformando en cadáveres: construía coartadas minuciosamente, desvanecía rastros. Diego no se equivocaba: yo podía dominar todas mis metas.

o casi. Admiré con exageración a quienes lograban puntualizar ideas y enlazarlas hasta que formaran estupideces convincentes. Este fue mi embrionario concepto de la literatura. Ya en mi alta adolescencia descubrí que de los libros brotaba vida, otra vida en la que todo existía, o no, producto de un solo intelecto. Entonces me propuse escribir y ganar fama. Inicé mi primer relato cuando mi primer amante previo me sustrajo el himen de manera muy correcta. Este relato trataba de mí misma.

Yo escogía el arroz en una mesa y mi primer amante previo dormitaba en el sofá. Estábamos desnudos. De pronto, reparaba en un gorgojo que instantáneamente desaparecía, y comenzaba a imaginarlo perdido en el pubis de mi amante. Ahí principiaba la búsqueda del gorgojo, pesaroso en zonas inexploradas. El rastreo se antojaba cada vez más sensual o relativo a los sentidos, pues yo observaba, olfateaba, palpaba, lamía el pubis de mi amante sin el resultado esperado, y los pliegues de su sexo se iban tensando en respuesta a mi pesquisa. Finalmente, no hallé al gorgojo, por lo que ambos imaginamos que este caprichoso animalito había desviado su curso hacia mi pubis. Ahí continuaba la búsqueda, que igual proseguía relativa a los sentidos, pues mi amante observaba, olfateaba, palpaba, lamía cada porción de mi pubis sin obtener al insecto, aunque mi sexo agradecía el rastreo amapolándose, o sonrojándose. Finalmente, ninguno halló al gorgojo, pero tuvimos orgasmos muy satisfactorios imaginándolo en nuestros sexos indistintamente, brindándonos placeres que sólo a un gorgojo competen. Recuerdo, además, que acompañé la narración con las principales características del coleóptero gurgulio, con los bajos porcentajes de estrés en las regiones donde el arroz se escoge, y

con algunos criterios que mi madre y Freud hubieran alcanzado al respecto. Titulé la historia *Manera deliciosa de atrapar al gorgojo* o *Lo mejor es no definir demasiado el criterio*, y su desenlace, que la caotizaba aún más, era una suerte de analogía entre los héroes anónimos, incondicionalmente dispuestos a dedicar la vida por sus ideales, y nuestro gorgojo anónimo, que canjeó la suya en favor de una causa tan relativa a los sentidos.

Leyéndole el cuento a mi primer amante previo disfruté mi primer orgasmo físico, y pude asimilar que la creación mediante la escritura era mi meta excluyente. Él insistió en animarme, pero fue inútil. Concienticé inmediatamente que otros espacios de creación literaria aguardaban por una mente enérgica como la mía para develarse orgánicos, y mi nuevo objetivo fue transgredirlos. Algo similar hice con el susto de mi primer orgasmo. Aquella falta de dominio sobre mí logró desconcertarme de tal modo, que en lo adelante evité asociar a mis amantes previos con mis orgasmos. Porque con Diego todo ocurría peligroso.

Diego, por naturaleza, se imponía a mi habitual control. Los otros, no obstante, eran muy aceptables en la cama o en cualquier lugar donde me empujaran al sexo, mas no los tildaría de aplastantes como a Diego. Admito que pugnaban más de lo posible por mi satisfacción, pero mi riguroso control me inducía a contentarlos con pocos o falsos orgasmos. Con Diego, sin embargo, hasta los ejercicios de escritura ocurrían peligrosos. Desde el inicio, Diego constituyó mi auténtico peligro.

Nos conocimos meses antes de la sustracción correcta de mi himen. Es decir, yo aún era virgen y rumiaba varias estupideces con el fin de estructurarlas convincentes en un futuro mediato. Nos conocimos bastante borrachos, pero algo me impulsó a agradecerle. Charlamos de su matrimonio, de su último proyecto de novela, etcétera,

y Diego me deslumbró en consecuencia. Lo más significativo de aquel tanto rato de conversación fue, sin dudas, el primer peo de Diego, que debió escucharse entre la quinta hora y la séptima. Yo, que estudiaba detalladamente sus reacciones, no advertí ni turbación mínima. Diego se disculpó con desenfado y mesuradamente agregó:

–No es lo usual, pero te lo mereces.

–¿Quieres explicarte? (Arrojé mi señuelo ante su turbia hipótesis)

–Mira... la mayor parte de las veces esperamos a compenetrarnos más o a decepcionarnos por completo para lanzar un peo con absoluta libertad delante de cualquier mujer... pero ya tú lo mereces... (Asentí en silencio, pues la tesis, aunque poco elaborada, devenía interesante). Y lo mereces porque vas a asistir a todos mis peos... y porque voy a pedirte disculpas por cada uno de ellos hasta el fin de mi vida... Ahora lo puedes explicar tú sola.

–Significa que uno de los dos conoce al otro del futuro... o que ambos nos conocemos del futuro.

–Casi... (Diego me encajó una mirada extensa). Lo adecuado es que uno de los dos conoce al otro del futuro. De lo contrario, ambos fuéramos seres del futuro... incomunicados con este presente... Irremediabilmente, uno de nosotros es un ser del presente... (Diego sostuvo su mirada y yo acentué mi elocuencia).

–El ser del futuro, por decantación, es el ser que sobrevive... Nietzsche murió en mil novecientos sumido en la locura... Años antes, dejaba escrito en *El Anticristo* que sólo el pasado mañana le pertenecía, y por tanto, él era un ser nacido póstumo... Un siglo después, Nietzsche y su atípico sistema filosófico conforman uno de los pilares más sólidos de nuestra modernidad... El ser del futuro es el ser que sobrevive...

Yo era hábil mostrándome concluyente o idiota arbitrariamente, pero este parlamento había fluido tan espontáneo que reflejaba el derrumbe de mi hermético autocontrol. Diego, visiblemente orgulloso de mi síntesis, atinó a preguntarme si disfrutaba a Nietzsche, y más dueña de mi discurso, repuse que en lo particular me distraía.

–¿No te cuestionas quién es el ser del futuro? (Diego cedió su visible orgullo a una expresión de asombro).

–Nunca me planteo cosas prematuras... Hoy hemos estado bien. (Ahora Diego lucía empeorable, como desmayado sobre el lodo).

–El ser del futuro es el ser que sobrevive, y tú eres capaz de lograr cuanto te propongas.

Me tentaban las redes de Diego: asistir a todos los peos de su vida y disculparlo, pero le pedí al despedirnos que no se planteara cosas prematuras. Aunque habíamos asentado límites extraordinarios aún era prematuro definir entre nosotros al ser que sobrevive, y desde aquel primer encuentro sólo optamos por preferirnos. Casualmente coincidíamos en lugares comunes y nos buscábamos para escabullirnos, también por causalidad. Entonces Diego me describía detalladamente su último proyecto de novela y se aventuraba a implorarme sexo con penetración. Yo siempre lo rechacé argumentando que mi virginidad sería desgarrada sin complicaciones existenciales. Me inclinaba por algo más bien pragmático que especulativo. Algo con múltiples probabilidades de materializarse sin excesivo dolor y muy corporal. Algo apetecible carente de embarazos, enfermedades y trascendencia.

Recibí toda la motivación de Diego en la búsqueda de una persona apta. Él desdeñaba experiencias tan cuidadosas como las de penetrar vírgenes. Su proyección sexual no contemplaba escrúpulos ni cautela, por lo que

interrumpimos lo suficiente nuestras sesiones de intensa excitación, procurándome mayor deseo físico y tiempo libre. Así obtuve a mi primer amante previo que, en principio, se adaptó muy desenvuelto a mis expectativas. Diego enunció una vez más *Logras cuanto te propones*, y poseía la razón, indiscutiblemente.

A Diego siempre lo acompañó la razón. Diego siempre tan justo y tan amable. Cuando leí para él *Manera deliciosa de atrapar al gorgojo* o *Lo mejor es no definir demasiado el criterio*, confirmó que la creación mediante la escritura era mi meta excluyente y me animó a nuevos espacios de creación literaria. Según Diego, el relato surgía como una derivación de mis planteamientos referentes a la virginidad, explicada a través de los personajes y sus roles en la historia.

El personaje gorgojo correspondía a mi verdadero primer amante previo, y el personaje primer amante previo correspondía a él mismo, es decir, a Diego. Yo me mantenía como yo, y la búsqueda del **personaje gorgojo**, causada por mi necesidad de sustracción del himen, representaba la búsqueda de un **verdadero** primer amante previo. Esta, además, se antojaba todo el tiempo relativa a los sentidos porque no existían en ella complicaciones espirituales. Las zonas púbicas inexploradas en el **personaje** primer amante previo, o sea, en Diego, denotaban el afán latente de sexo pleno entre nosotros, y la sensación de pesadumbre en el **personaje** gorgojo respondía al sentido utilitario con que yo perjudicaba a mi **verdadero** primer amante previo. A propósito o no, Diego lo esclarecía todo para mí, hasta la muerte del **personaje** gorgojo o de mi **verdadero** primer amante previo. Todo era obvio.

Yo me sentí muy satisfecha de escribir pésimamente tantas cosas sin proponérmelo, y encaminé mi inteligencia hacia aquellos rincones de la creación que aguardaban

pacientes. Así produjo mi primer libro, que fue escrito por mi primer amante previo. Él era muy exigente consigo porque algo lo impulsaba a agradarme. Se esmeraba descarnadamente, dedicaba segundo tras segundo a eliminar la hojarasca de un decoroso poemario que resolvió en medio año, mientras yo completaba mis orgasmos exquisitos y lo iba transformando en cadáver.

Lo asesiné discretamente una vez concluido nuestro libro, cuando ya no sabía qué hacer con él. Matarlo fue elemental. La genialidad radicaba en la elaboración del crimen, –construir coartadas minuciosamente, desvanecer rastros– y lo engorroso en la ejecución de la genialidad. El acto de matarlo, o matarlos, era algo básico. Mi genialidad se volvió tan perfecta que a partir del segundo amante previo me convencí de no ser categóricamente una asesina: ellos morían por selección natural, yo no los mataba.

Me familiaricé tanto con el proceso que ya mi sexto amante previo cooperó dignamente suicidándose, como buen sensacionalista. De este modo, nadie supuso emparentadas aquellas muertes con asesinatos, ni con una desconocida veinteañera y Mr John. Mucho menos concebían el vínculo entre mis futuras producciones literarias y los libros almacenados en mi computadora, escritos por mis amantes previos, a pesar de que todo era obvio: *El ser sobrevive únicamente por su víctima*.

Mis exitosas producciones literarias, que haría públicas aún con mayor discreción, fueron el justo reintegro a mi ingenio. Ellos creaban para mí, morían totalmente indefensos, y yo producía sus méritos. En la misma habitación donde producían sus libros, Mr John los editaba, otorgándoles a cada uno su carácter exclusivo. Con Diego, sin embargo, hasta los ejercicios de escritura ocurrían peligrosos.

Diego escribía asiduamente: *El ser sobrevive únicamente por su víctima*, pero no avanzaba de la primera

oración de su novela. *Escuela de Presidentes* irrumpiría en el universo editorial para consagrarse clásica, estábamos convencidos, solo que Diego desplegabamos sus ejercicios de escritura tropezando reiteradamente contra nosotros mismos. Diego y yo practicábamos el amor desde la libertad, y tuvimos una relación muy cercana a superar *lo humano*.

*Escuela de Presidentes* era una presencia de vértebras macizas que se erguía por encima de ambos, o por encima de *lo humano*. El narrador protagonista ofrecía la historia en códigos indescifrables para Diego, que a su vez, me trazaba el argumento en el aire. El argumento involucraba al personaje en un conflicto donde sucumbía a una brutal transmutación de valores.

Según algunos tratados de neurología que adquirí para Diego, el cerebro humano cesa su desarrollo a los quince años, aproximadamente. A esa edad, el personaje era recluido convulsamente en una institución de oscuros sufragios y procedencia, donde viviría sus quince años siguientes. Allí olvidaría su identidad para resumirse en cifra, en máquina de insomnio y raciocinio. Disputaría el poder, adiestrado en la conducción de naciones, ejércitos, partidos políticos, sociedades económicas y congregaciones religiosas hacia la ruina o la gloria. Allí, solo existiría para distinguirse y dudar en cada momento de su propia especie. Nítido en apariencia, el argumento se dibujaba en el aire, y en el aire desaparecía.

*Escuela de Presidentes* era un cuestionamiento abierto y despiadado a la Historia del género humano, y Diego tardó años en instruirse para enfrentarla. En épocas tan remotas como el Reino Medio egipcio, el personaje desenterraba la génesis del claustro, viajando a través de su evolución y sus caudillos. Igualmente, relataba los hechos desde una madurez lúcida y profunda, ejerciendo ya como líder de un próspero estado. Diego, carente de documentos imprescindibles para el



recorrido de aquella criatura, me confió la gestión de toda la bibliografía y otros materiales provechosos.

Compile eficazmente kilogramos de información, significó enormes tensiones y supuso, más que elegirnos mutuamente, depararnos por convicción. Unidos componíamos un potente equipo de dos miembros, pero Diego no avanzaba de la primera oración de su novela. *Escuela de Presidentes* nos era indispensable para consagrarnos como unidad clásica. Sin embargo, Diego objetaba que conmigo a su lado aborrecía edificar mundos superiores en fuerza, grandeza o desprecio, esencialmente, porque eran irrealizables. Si Diego nos hubiera entendido mejor a Nietzsche y a mí, individualmente, y no a mis interpretaciones sobre Nietzsche, aún viviera. Diego siempre el auténtico peligro: desde el inicio, durante todos estos años de tropiezos literarios, y ahora que ratifico mi útero ocupado.

*Lo humano* se reproduce a través de mi vientre, y simboliza una renovación positiva luego de un ciclo consumado. Ahora me encamino segura hacia esos rincones incógnitos de la creación que aguardan pacientes, y escribo: *El ser sobrevive únicamente por su víctima*. Luego de seis producciones anteriores, *Escuela de Presidentes* será el efecto de mi creación legítima. Me esmero descarnadamente, dedico segundo tras segundo a mis ejercicios de escritura, me ofrendo con rigor a mi propia eternidad. Diego no se equivocaba: yo logro dominar todas mis metas. Nuestra novela y mi fama emergen del auténtico peligro, y no habrá otro posible para ellas. Diego muerto, consuma un ciclo iniciático.

Ahora, que soy partícipe de una renovación positiva, saboreo cierto remordimiento, especialmente por el bebé que nacerá. Diego ya era un padre conceptualmente idóneo. Yo, en cambio, advierto en la maternidad una tradición profana compatible con la mayoría

de las mujeres. Desarticular cualquier tradición implica siempre un riesgo, pero mi triunfo exige concentración ilimitada.

Diego, hubieras resultado vital para el bebé, aunque aún es prematuro definir entre los dos al ser que sobrevive.

# ÍNDICE

Hannas /7

Mujer que quiere adonde otra costa, «El infinito»: /10

Bolsas /12

Posibilidad de tratar personajes /17

Tejidos rotos /19

Feromonas /22

Azul /26

Ejercicios de escritura /31

*Deseos líquidos* consigue, espejos mediante, tornar natural lo fantástico; lo real, absurdo. Consigue, espejos mediante, mostrar la página y sus márgenes: el envés. El espejo como bifurcación de la realidad; como anticipación y retardo. En *Deseos líquidos*, los espejos se despliegan y se rompen, son realidad o apariencia. En *Deseos líquidos*, los personajes se enfrentan y dan la espalda a los espejos.

AYMARA AYMERICH Y ELVIRA RODRÍGUEZ: ganadoras del Premio Calendario, comparten una misma cubierta, páginas: un espejo.

ISBN 959-210-145-5



9 789592 101454

CAMERINA  
ABR L